

BILL SIMMONS

EL LIBRO
DEL BASKET

LA HISTORIA DE LA NBA
SEGÚN BILL SIMMONS

Traducción de Jaime Serrano

CONTRA

The Book of Basketball: The NBA According to the Sports Guy

© 2009, Bill Simmons

Todos los derechos reservados

Esta edición ha sido publicada según acuerdo con Ballantine Books,
un sello de Random House del grupo Penguin Random House LLC

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Diseño y maquetación: Endoradisseny

Ilustraciones de la cubierta: Montserrat Grier

Primera edición: Octubre de 2025

© 2025, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2025, Jaime Serrano, de la traducción

ISBN: 978-84-10045-31-6

Depósito Legal: B 15479-2025

Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*Para mi padre y para mi hijo.
Espero poder ser la mitad de buen padre.*

ÍNDICE

Glosario	9
Introducción	11
Prefacio de Malcolm Gladwell	13
Prólogo. Una entrada de cuatro dólares	17
El secreto	47
Russell, y después Wilt	77
¿Cómo demonios hemos llegado hasta aquí?	105
El juego de «¿Qué habría pasado si...?»	187
El capítulo más valioso	255
La pirámide del Hall of Fame	305
La pirámide: nivel 1	333
La pirámide: nivel 2	407
La pirámide: nivel 3	485
La pirámide: nivel 4	553
La pirámide: el panteón	617
La leyenda de Keyser Söze	723
La bodega	779
La vida después del secreto	795
Agradecimientos	805
Bibliografía	809

GLOSARIO

MPP	Minutos por partido
PPP	Puntos por partido
RPP	Rebotes por partido
APP	Asistencias por partido
RoPP	Robos por partido
PePP	Pérdidas por partido
TPP	Tapones por partido
TCI	Tiros de campo intentados
TLI	Tiros libres intentados
% TC	Porcentaje de tiros de campo
% 3TC	Porcentaje de triples
% TL	Porcentaje de tiros libres

INTRODUCCIÓN

Puede que ahora mismo estéis de pie en una librería. Puede que estéis tirados en un sofá en casa de alguien. Puede que estéis sentados en el trono. Puede que estéis dándoos un baño. Puede que estéis en una de esas tiendas de libros baratos, o sentados en la playa, o conduciendo, o leyendo el primer capítulo gratis del libro electrónico. Puede que estéis sentados en una biblioteca, o en un Starbucks, preguntándoos si el tío que está sentado dos sitios más allá está viendo porno en el iPad. Puede que estéis planeando matar a alguien a golpes con este mamotreto —y seguramente podríais— y puede que queráis leerlos las primeras líneas antes de proceder con el crimen. En cualquiera de los casos, estoy seguro de que estaréis pensando una de estas cuatro cosas:

1. «¿Esta monstruosidad ha sido número 1 del *New York Times*? ¿Un tocho sobre baloncesto? ¿Cómo puede ser?»
2. «¡No me acordaba de que Bill Simmons escribía! Ahora sale en ESPN. Menudo vendido.»
3. «¡Este es el libro que le encantó al billonario ese, y por eso contrató a Simmons como general manager y fue un desastre total! Creo que todavía siguen con temas legales. Siempre he querido leérmelo.»
4. «Espera, pero si ya me he leído la primera edición... ¿y ahora pretende que me lo compre en tapa blanda? Puto rata.»

Tenéis toda la razón con el punto 4. Si no hubiera logrado que la segunda edición superara a la primera, no me habría molestado en publicarla, por eso la he ajustado un poco (treinta páginas menos de grasa), he corregido algunos errores (todos menores, pero bueno), y he rellenado todo ese espacio extra con nuevo material y con un buen puñado de nuevas notas al pie. He añadido dos «Y si...», he actualizado la pirámide, he cambiado algunos rankings (el mayor beneficiado:

Dwyane Wade) y he reescrito las secciones enteras de Kobe, LeBron, Wade y Howard. Mismas páginas, mejor libro.

Me he resistido hasta el último momento a entregar una versión acabada a la editorial. Ellos la querían después de las Finales de 2010; yo quería esperar a que LeBron tomara su Decisión. El instinto me decía que algo raro podía ocurrir. Y ocurrió. Eso es lo bonito de un libro sobre el baloncesto: que nunca deja de reescribirse.

Cuando LeBron escogió Miami, me di cuenta de que este libro nunca iba a terminarse del todo. Por mi propia salud mental, necesitaba parar. Cinco años han sido suficientes. Nunca habrá una nueva edición. Os lo prometo. Tenéis mi palabra.¹

BILL SIMMONS

1 de septiembre de 2010

1. Bueno, hasta que pase algo absurdo en la NBA y tenga que volver a reescribirlo. O hasta que me arruine. De hecho, olvidad esta promesa. [*Todas las notas son del autor, salvo cuando se indica lo contrario.*]

PREFACIO

Malcolm Gladwell

1.

No hace tanto tiempo, Bill Simmons decidió postularse para el cargo de general manager de los Minnesota Timberwolves. Si sois lectores de Bill, ya lo sabréis porque hacía referencias a su campaña en sus artículos de vez en cuando. Pero si sois lectores de Bill, también sabréis lo suficiente como para no tener claro cómo tomaros su supuesta candidatura. Después de todo, Bill tiene un sentido del humor muy especial. Le gusta meterse con la gente, igual que solía meterse con Isiah Thomas en la época en que Isiah Thomas sufrió un extraño trastorno psiquiátrico que le hizo confundir a Eddy Curry con Bill Russell. Incluso después de enterarme de que en las oficinas de Minnesota habían recibido algo así como doce mil emails de aficionados apoyando a Bill Simmons, mi postura seguía siendo que todo era una coña muy elaborada. Mirad, yo conozco a Bill. Vive en Los Ángeles. Cuando aterrizó allí desde Boston, se arrodilló y besó el suelo de la terminal. No va a dejar el sol por los inviernos de Minnesota. Además, Bill es periodista, ¿verdad? Es un fan. Él sabe lo mismo que vosotros, a base de ver partidos en la tele. Pero después de leerme este impresionante libro que tenéis en las manos, me he dado cuenta de lo profundamente equivocado que estaba. Bill Simmons sabe de baloncesto. Y va en serio. Y los T-Wolves deberían ir en serio también.

2.

¿Cómo es Bill Simmons? Esta pregunta no es para nada irrelevante, porque dice mucho de por qué este libro es como es. La respuesta corta es que Bill es como tú y como yo. Es un fan —un fan obsesivo, en el mejor sentido de la palabra. Tengo un amigo cuyo hijo creció en los mejores años de los Yankees, y creció asumiendo que cada otoño iba a traer un nuevo anillo de las Series Mundiales. Pero luego Rivera la cagó y el chaval se quedó destrozado. Se echó a llorar. No habló du-

rante días. El mundo como él lo conocía se había venido abajo. Eso es un fan, y así es Simmons.

La diferencia, por supuesto, es que los fans comunes, como tú y como yo, ponemos límites a nuestra obsesión. Tenemos trabajos. Tenemos novias y esposas. Cada vez que le digo a mi amigo Bruce que venga a casa a ver fútbol americano, siempre me dice que tiene que preguntárselo a su novia. Sospecho que todos los adultos tienen alguna versión de esa misma limitación. Menos Bill. ¿Por qué? Porque ver deporte es su trabajo. Parad un momento de leer e intentad haceros a la idea de lo increíble de su posición. «Cariño, tengo que trabajar hasta tarde hoy» quiere decir que los Lakers van por la tercera prórroga. «Hoy no puedo, estoy muy estresado» quiere decir que los Patriots han perdido con un field goal en el último minuto. Estamos hablando de una persona que tiene cinco teles en su despacho. Es difícil decir qué parte de esa frase es más alucinante: el hecho de que pueda ver cinco partidos simultáneamente o que llame «su despacho» a la habitación donde ve cinco partidos a la vez.

La otra parte de ser un fan es que un fan es siempre un outsider. La mayoría de periodistas deportivos no son, por su propia definición, aficionados. Es gente que se aprovecha de su acceso directo a los deportistas. Hablaron con Kobe anoche, y Kobe dice que su dedo está bien. Pasaron tres días pescando con Brett Favre en marzo, y Brett dice que jugará seguro una temporada más. No hay nada malo en ese enfoque. Pero tiene sus límites. El insider, inevitablemente, tiene sus favoritos. Atenúa un poco sus críticas porque si no lo hace, bueno..., ¿y si Kobe deja de cogerle el teléfono? Este libro no es la obra de ningún insider. Es la obra de alguien con cinco teles en su «despacho» que tiene una opinión razonada sobre el quinto partido de las semifinales de la Conferencia Este de 1986 porque vio el quinto partido de las semifinales de la Conferencia Este de 1986 y luego, solo para asegurarse de que su memoria no le estaba jugando una mala pasada, consiguió la grabación y la volvió a ver tres veces un martes cualquiera por la mañana la primavera pasada. Tú y yo no podemos hacer eso. Y por eso tenemos a Bill Simmons.

3.

A estas alturas ya os habréis dado cuenta de que este libro es muy largo. Puedo deciros con bastante seguridad que es el libro más largo que me he leído desde que terminé la universidad. Por favor, que no os eche para atrás. Si fuera una novela, tendríais la obligación de leerla entera para no perderos nada del argumento. Pero no lo es. Es, más bien, una serie de argumentos, listas y anécdotas vagamente conectadas entre sí que podéis coger y dejar en cualquier momento. Es la versión llevada al baloncesto de los viejos *Baseball Abstracts* que solía publicar Bill James en los ochenta.

Es largo porque tiene que ser largo, porque el propósito de este libro es ayudarnos a entender la conexión entre, por ejemplo, Elgin Baylor y Michael Jordan, y para eso tenemos que entender exactamente quién era Baylor. Además, Bill no quería hacer un ranking con los diez mejores jugadores de todos los tiempos, ni con los veinticinco mejores, porque esos son los que ya nos sabemos todos. Quería hacer una lista con el top 96 y, además, mencionar a los que casi pasan el corte, y quería argumentar por qué cada uno está donde está, con ingenio, conocimiento y razón. Según lo vayáis leyendo, os daréis cuenta no solo de que empezáis a ver el baloncesto de una forma distinta, sino también de que nunca ha habido un libro como este. Así que tomaos vuestro tiempo. Daos unas cuantas semanas. No os vais a liar con los personajes. Los conocéis. Lo que puede que no sepáis es cómo de bueno era Bernard King, o por qué Pippen tiene que estar en el mejor equipo de todos los tiempos. (Por cierto, leeros las notas al pie. Solo Dios sabe por qué, pero Simmons es el maestro de la nota al pie).

Una última cosa. Se supone que este libro debería iniciar discusiones. Sigo indignado, por ejemplo, por lo alto que clasifica a Allen Iverson en el ranking, o por el hecho de que Kevin Johnson esté en la pirámide por los pelos. Me parece recordar que KJ era imparable. Pero claro, estoy confiando en mi memoria. Simmons se ha repasado los partidos una tarde cualquiera de un martes cualquiera, mientras los demás estábamos trabajando. Hay cabrones con suerte.

PRÓLOGO

Una entrada de cuatro dólares

Durante el verano de 1973, en pleno caso Watergate y con Willie Mays a punto de retirarse, mi padre estuvo dudando entre comprarse una moto o un abono de temporada para los Celtics. Hacienda acababa de ingresarle una jugosa devolución de, o bien 200 dólares (la cantidad que recuerda mi padre), o bien 600 dólares (la cantidad que recuerda mi madre). Lo que sí recuerdan ambos es que mi madre amenazó con dejarle si se compraba la moto.

Vivíamos de alquiler en un modesto apartamento en Marlborough, Massachusetts, a una media hora de Boston, mientras mi padre estudiaba derecho en Suffolk, daba clases en un internado de chicas y trabajaba de camarero por las noches. Y aunque la devolución de Hacienda habría ayudado a tapar algunos agujeros, por primera vez mi padre quería algo para él. Su vida era una mierda. Lo que quería era la moto. Pero cuando mi madre se lo quitó de la cabeza, llamó por teléfono a las oficinas de los Celtics y se enteró de que podía comprar una entrada, a cuatro dólares por partido, justo detrás del banquillo visitante. Por aquel entonces, con ese dinero te asegurabas un asiento cinco filas detrás del banquillo visitante en el Boston Garden, lo suficientemente cerca como para verle la coronilla a Kareem.²

Mi padre se lanzó y esa noche le dio la noticia a mi madre. La conversación debió de ser algo así:

PAPÁ: Buenas noticias, cariño. Me he comprado el abono de temporada de los Celtics. Me voy a pasar treinta y cinco noches al año en el Garden yo solo³, sin contar los partidos de playoff, así que tú tendrás

2. Os advierto ya ahora: este es el primero de los más o menos 300 chistes gratuitos sobre Kareem que contiene este libro. Kareem era un niño.

3. Los Celtics jugaban seis partidos como locales en Hartford cada año, en un inútil esfuerzo de ganar aficionados en la zona de Nueva Inglaterra. El experimento terminó en los ochenta, cuando se dieron cuenta de tres cosas: los jugadores odiaban tener que viajar 47 partidos al año, ganaban más dinero jugando en Boston y, lo más importante: aquello era el maldito Hartford.

que quedarte sola en casa con Billy esas noches, porque no tenemos suficiente dinero para una canguro. Ah, además, me he gastado casi toda la devolución de Hacienda. Pero no podía resistirme, ¡creo que este año pueden ganar el anillo!

MAMÁ (después de un largo silencio): ¿Estás de coña?

PAPÁ: Bueno... a lo mejor podría llevarme a Billy a algún partido. Se puede sentar en mis rodillas. ¿Qué te parece?

MAMÁ: Me parece que nos casamos demasiado jóvenes.

Si dijo eso, tenía razón; mis padres se separaron cinco años después. Mirando atrás, tal vez la moto habría acelerado las cosas. Pero eso es todo lo cerca que estuve de perderme una infancia entera dentro del Garden.⁴ Si mi madre hubiera estado de acuerdo con la moto, puede que mi padre hubiera acabado destrozado y convertido en el nuevo Gary Busey. Tal vez nos hubiéramos perdido cinco temporadas en las que ganaron el campeonato. Quizás no me hubiera importado tanto el baloncesto. Y puede que tú no te estarías arrepintiendo ahora mismo de haberte gastado dinero en este libro. La vida es rara.

Nos subimos al carro del orgullo Celtic en el momento perfecto: venían de ganar 68 partidos y de una desafortunada derrota en los playoffs del 73, cuando John Havlicek se dislocó el hombro al cruzar un bloqueo, y Boston cayó ante unos Knicks que eran claramente inferiores. A pesar de haber perdido esa oportunidad y de que los Bruins, con quienes compartían edificio, eran mucho más populares, los Celtics habían ganado fuerza en la ciudad gracias a Havlicek y al vigente MVP, Dave Cowens, un pelirrojo intenso que conectaba mucho más con la grada que Bill Russell. Después de luchar por llenar el pabellón durante la alucinante carrera de Russell (once títulos en trece años, entre 1957 y 1969), los Celtics florecieron de repente en una ciudad eminentemente racista. ¿Era porque sus dos mejores jugadores eran blancos? ¿Era por el creciente número de baby boomers, como mi padre, que se habían enamorado del baloncesto gracias a la generosidad de los Celtics de Auerbach y los Knicks de Holzman, y que quedaron cautivados por la racha de victorias de UCLA y la

4. Vamos a usar «el Garden» para referirnos al Boston Garden y «MSG» para el Madison Square Garden. ¿Por qué? Porque es mi libro.

magia de Maravich en LSU? ¿O era simplemente porque Cowens era más simpático y amigable que el enigmático Russell?

¿Mi respuesta? Todas las anteriores.⁵ A lo mejor la ciudad habría podido aceptar que sus héroes deportivos de los cincuenta y los sesenta fueran afroamericanos —y terminó aceptando a muchos de ellos— pero nunca a alguien tan complejo y obstinado como Russell. El tipo se mostraba seco y malhumorado con la prensa, distante y hostil con los aficionados, sorprendentemente franco sobre temas raciales, desafiante sobre su color y su difícil situación. A Russell solo le preocupaba ser el mejor compañero posible y su orgullo de hombre negro, y nunca se consideró un artista ni un embajador del baloncesto. En todo caso, siempre huyó de esos dos roles: quería jugar al baloncesto, ganar y que le respetaran como jugador y como persona... y quería que lo dejaran en paz. Incluso cuando Auerbach le nombró entrenador en 1966 —el primer entrenador profesional negro—, a Russell no le importó la relevancia del ascenso; simplemente consideró que no había nadie mejor para el puesto. Solo años después, los aficionados apreciarían la valentía de un tipo que hizo por la causa afroamericana tanto como Muhammad Ali. Solo años después, empatizaríamos plenamente con la ansiedad y el sufrimiento de un jugador tan trascendente, alguien que fue aclamado como jugador de basket y discriminado como ser humano. Solo años después, entenderíamos del todo su actitud dura y cautelosa.

Al contrario que Russell, Cowens no tenía ningún bagaje. No había nada que descifrar, ningún enigma que resolver. El pelirrojo se lanzaba a por cada balón suelto, esprintaba en los contraataques, luchaba el rebote ofensivo y exprimía su talento hasta la última gota. Les gritaba a los árbitros con una voz que resonaba en lo alto del Garden. Cogía los rebotes con un sonoro gruñido y pateando los pies en distintas direcciones, lo cual hubiera estado bien, salvo porque corría la «era de los pantalones cortos ajustados» y todo el mundo estaba constantemente preocupado por si sus pelotas se salían y asomaban

5. Los problemas raciales de Boston, profundamente arraigados, salieron a la superficie un año después gracias a la controvertida decisión de propiciar la integración en los colegios públicos de la ciudad y a todo lo fea que se puso la cosa después. Aunque, echando la vista atrás, probablemente ya era una señal de alerta el hecho de que Reggie Smith y Jim Rice fueran los únicos negros en los Red Sox en 40 años, y que todo el mundo pareciera conforme con ello.

fuera. Cuando se colocaba en el centro de la cancha para el salto inicial al lado del gigantesco Abdul-Jabbar, su némesis y el mejor jugador de la liga en esa época, Cowens siempre parecía un peso mosca preparándose para intercambiar golpes con un peso pesado. Había algo profundamente injusto en ese duelo, como si nuestro verdadero pivót se hubiera puesto malo ese día. Luego empezaba el partido y nos acordábamos de que la desventaja no era para tanto. Cowens alejaba a Kareem de la canasta con sus tiros de cinco metros, privando a Milwaukee de su mejor reboteador y taponador. En defensa, Cowens compensaba los veinte centímetros de diferencia a base de cansar a Kareem y de obligarlo a trabajarse cada tiro. Una y otra vez, se veía el mismo baile entre los dos: Jabbar escabulléndose hasta su sitio preferido en el poste bajo, Cowens golpeando su pecho contra la espalda de Kareem, dispuesto a no regalarle ni un centímetro, y finalmente cediendo como si estuvieran jugando a un tira y afloja. Puede que a priori no pegaran mucho como rivales, pero sacaban lo mejor de cada uno, como Frazier y Ali —Cowens saboreando cada ocasión de medirse al pivót más dominante de la liga, Kareem incapaz de no darlo todo porque Cowens no se lo permitía— y las Finales del 74 acabaron siendo su versión del *Thrilla in Manila*. Los Celtics ganaron en siete partidos, con 28 puntos y 14 rebotes del pelirrojo en el partido decisivo. Hasta aquí con la desventaja.⁶

El momento Cowens definitivo se produjo cuando Mike Newlin se tiró a la piscina en una falta en ataque contra él. No se le hacían estas cosas a Cowens, nadie valoraba más la santidad del baloncesto que él.⁷ Cowens discutió con el árbitro a gritos debajo de la canasta, no le

6. Ambos jugadores tuvieron su momento decisivo en el sexto juego: Kareem enchufando un sky hook crucial para salvar la temporada de Milwaukee en la segunda prórroga, y Cowens robándole la cartera a Oscar Robertson y derrapando seis metros por el suelo en busca de la bola. Ninguna jugada ha definido tanto a un jugador, con la posible excepción de las 340 caídas (y contando) de Vince Carter al suelo como si le hubieran disparado. Por cierto, si creéis que Kareem va a recibir en este libro, esperad a que lleguemos a Vince.

7. Después de la temporada del 76, Cowens se tomó una excedencia y encontró trabajo en una pista de carreras local, donde tenía su despacho... y de todo. Luego volvió hacia el partido 32 de la temporada como si no hubiera pasado nada. Más tarde se supo que en los playoffs del 77 Cowens se había pasado noches conduciendo un taxi por Boston y cobrado por ello. Lo mejor es que probablemente estéis leyendo esto convencidos de que me lo he inventado. Pero no. Tendríamos que rehacer la carrera de Cowens en la era de internet —imagínate los foros con mensajes tipo «¡Dave Cowens me ha llevado en su taxi esta noche!».

gustó la respuesta, gritó un poco más y luego se giró y vio a Newlin botando hacia el otro lado de la cancha. Totalmente enfurecido, cargó contra Newlin por detrás en un ángulo de 45 grados, bajando el hombro a modo de safety en fútbol americano y mandándolo contra la mesa de prensa. Viéndolo en persona (y yo estaba allí), fue una experiencia completamente aterradora, como debe de ser estar en Pamplona a tres metros de un toro cabreado cuando embiste a un peatón desprevenido. Y eso no fue lo mejor. Mientras los trozos de Newlin todavía rodaban por el suelo como si fueran los restos de una hucha recién rota, Cowens se giró hacia el mismo árbitro de antes y le gritó «¡Eso es una puta falta!». Así que sí, Cowens era blanco y Russell era negro. Pero Cowens habría valido los cuatro dólares de la entrada aunque hubiera sido morado. Y lo mismo Havlicek. Gracias a ellos, mi padre consiguió un abono de temporada para los Celtics y ya nunca miró atrás.

Nuestra primera temporada coincidió con el primer título de los Celtics en la era pos-Russell y el arranque de la prometedor era Simmons. Mis recuerdos no empiezan hasta el año siguiente, cuando nos mudamos a Chestnut Hill (a quince minutos del Garden) y mi padre empezó a llevarme más a menudo. La gente de nuestra sección me consideraba una enciclopedia del deporte en miniatura, el chaval de pelo revuelto cuya vida giraba en torno a los equipos de Boston. Antes de los partidos, los acomodadores del Garden me dejaban ponerme debajo de la canasta de los Celtics, desde donde recogía los balones sueltos y se los lanzaba de vuelta a mis héroes. Todavía recuerdo estar ahí, de pie, mordiéndome las uñas y esperando que me cayera cerca algún air ball o un tiro punteado para poder recoger el balón y pasárselo a un Celtic. Cuando digo que esto era emocionante para un niño significa que... bueno, no os podéis hacer a la idea. Era como ir a Disneyland cuarenta veces al año y saltarte la cola en cada atracción. Llegué incluso a reunir suficiente coraje como para acercarme al banquillo de Boston⁸ y cruzar unas palabras con los entrenadores, Tommy Heinsohn y John Killea, pero mi momento cumbre fue antes de un partido de playoff contra Buffalo cuando un fotógrafo del *He-*

8. Sí, en su día un niño podía pasearse por la pista antes de los partidos, acercarse a los banquillos y hablar con los jugadores. Ains.

rald American me sacó una foto al lado de un lesionado John Havlicek (con traje azul claro y muletas) que terminó en primera plana de la sección de deportes al día siguiente. Para cuando cumplí los seis, os lo podéis imaginar, me consideraba un miembro de pleno derecho de los Boston Celtics. Esto influyó en mi crisis de identidad racial de los siete años (contada en detalle en mi libro de los Red Sox), cuando decidí cambiarme el nombre a «Jabaal Abdul-Simmons». Era solo un niño, qué le voy a hacer. Yo quería jugar en los Celtics y la mayoría de los jugadores eran negros. Además, sentía que tenía más cosas en común con los negros —mi deporte favorito era negro, mi jugador favorito (Charlie Scott) era negro, mis cómicos favoritos (Flip Wilson, Jimmie Walker y Redd Foxx) eran negros, la mayoría de mis programas favoritos (*Sanford and Son*, *Los Jefferson*, *Good Times* y *The Mod Squad*) los protagonizaban negros, e incluso hice a mi madre llevarme a Roxbury en 1975 para ver la única película de Keith Wilkes, *Cornbread, Earle and Me*.⁹ Me cabreaba ser blanco. Obligué a mi profesora de primero de primaria a llamarme «Jabaal», firmaba «Jabaal» en mis trabajos y exámenes y, cuando me dibujaba, me pintaba negro.

Mientras tanto, los Celtics del 76 seguían peleando por un último campeonato. Silas y Havlicek habían visto días mejores. Un Don Nelson acabado —el mismo que luego entrenó a Milwaukee y Dallas— jugaba con la barriga cervecera del típico padre venido a menos de una sitcom del montón. Todos los jugadores clave (incluidos Cowens y Jo Jo White, los mejores del equipo) ya habían alcanzado su máximo potencial estadístico y no teníamos jugadores jóvenes que salieran desde el banquillo porque Auerbach, por una vez, se había equivocado con las elecciones del draft. Golden State parecía el gran favorito, pero los vigentes campeones se autodestruyeron en el séptimo juego de las Finales del Oeste en extrañas circunstancias: en los primeros minutos, Ricky Sobers, de Phoenix, saltó sobre la estrella de los Warriors, Rick Barry, y le soltó un par de puñetazos antes de que

9. Wilkes hacía de Cornbread, una estrella de instituto a la que disparaban en la peli. Cuando la escena del asesinato me dejó llorando, mi madre suspiró de alivio porque pensaba que no íbamos a salir vivos del cine. Según ella, no le hizo gracia a nadie que estuviéramos allí. Yo era muy pequeño y no me acuerdo de nada, pero la única parte que no me creo de la historia de mi madre es que a la salida estuve jugando a los dados en el baño de caballeros.

sus compañeros los separaran.¹⁰ En el descanso, Barry (un capullo de cuidado) vio el vídeo y se dio cuenta de que sus compañeros no habían corrido a ayudarlo. Cabreadísimo, decidió vengarse negándose a tirar en toda la segunda parte —de verdad, se negó a tirar a canasta—, jugando a la patata caliente cada vez que alguien le pasaba la bola. Y así fue como los Suns, con un récord de 42-40, llegaron a las Finales, superando a los vigentes campeones en su propia cancha mientras su mejor jugador se dedicaba a joder a sus compañeros.

Así que los Celtics tuvieron un primer golpe de suerte. El segundo ocurrió orgánicamente: hablamos de la última temporada antes de la fusión entre la ABA y la NBA, el año más carente de talento en la liga desde los tiempos de Mikan. Durante la mayor parte de la década, la ABA había estado pagando de más a los jugadores más prometedores del instituto y la universidad, incluyendo a Julius Erving, Maurice Lucas, Moses Malone, David Thompson y George Gervin, todos ellos atletas espectaculares que habrían llevado a la NBA en una dirección mucho más estimulante. Cada liga ofrecía lo que le faltaba a la otra: un estilo físico, reglamentado, centrado en la generosidad de los jugadores (la NBA), frente a un estilo libre e impredecible que celebraba la expresión individual (la ABA). Los tres años siguientes a la fusión, el baloncesto se resintió —jugadores que ponían por delante al equipo mezclando su talento con jugadores que se ponían por delante a sí mismos¹¹— hasta que la liga incorporó la línea de tres puntos, llegaron Bird y Magic, y el propio baloncesto acabó saliendo reforzado. Los Celtics del 76 eran demasiado lentos y viejos para el estilo de juego de después de la fusión, pero eso no lo sabíamos todavía. Tam-

10. Gran subtrama: Barry llevaba peluca esa temporada (en esa época podías hacer estas cosas sin que te humillasen en internet), y después de la pelea parecía más preocupado por recolocarse el peluquín que por averiguar por qué le había atacado Sobers. Si por casualidad os hacéis con el anuario de los Warriors de esa época, fijaos cómo el pelo de Barry va retrocediendo hasta la foto de equipo del 76, cuando de repente luce una buena mata de pelo, para volver a ser calvo en la foto del 77. Creo que ahora lleva injertos. No preguntéis por qué, pero me encantan estas cosas.

11. Dos nuevos temas o problemas que cubriremos en detalle más tarde: primero, algunos jugadores dejaron de esforzarse porque tenían contratos con mucho dinero garantizado. Segundo, la cocaína se puso de moda durante unos años, hasta que todo el mundo dijo «Espera, esta droga es adictiva, destructiva y muy cara. ¡Realmente no tiene nada de bueno!». No supimos que era un problema hasta que, en un partido de los Nuggets en 1979, David Thompson intentó esnifar la línea de tiros libres.

poco sabíamos que jugadores como Nelson tenían más posibilidades de comerse el reloj de posesión, digerirlo y acabar cagándolo que de conseguir defender a Erving o Thompson. El juego estaba cambiando, solo que nadie lo veía todavía.

Después de que Boston y Phoenix se repartieran los cuatro primeros partidos de las Finales, el quinto empezó a las nueve de la noche para acomodarse a los deseos de la CBS, una cadena a la que le daba igual la liga y que no tenía ningún problema en retransmitir partidos de playoff en diferido o moverlos a horas intempestivas. ¿Sabéis lo que pasa cuando retrasas el arranque del partido en una época en la que todo el mundo podía permitirse una entrada para las Finales de la NBA? Pues que acabas con la afición de Boston más enloquecida, borracha y desbocada de todos los tiempos. Con cuatro horas para tajarse antes del partido y otras tres durante, el nivel de alcoholismo de aquel público no se va a repetir jamás. Tampoco el nivel de juego de aquel partido. Os daría más detalles, pero me quedé dormido durante el último cuarto y me perdí la remontada de Phoenix y las dos primeras prórrogas, tumbado encima de mi padre y de nuestros amables vecinos de asiento.¹² Cuando quedaban siete segundos de la segunda prórroga, me desperté con los Celtics uno abajo y todo el mundo de pie para la última jugada (de hecho, por eso justo me desperté, porque todo el mundo se puso de pie). Casi en el momento exacto, vi cómo Havlicek recibía el saque de banda, se dirigía a la canasta (botando con la mano izquierda, además), y de alguna manera lanzaba a tabla con el pie cambiado justo antes de que terminara el tiempo, lo que llevó al instante más aterrador de mi corta existencia: miles de aficionados enloquecidos invadiendo la cancha, con muchos de ellos saltando por encima de la gente de mi sección para llegar a la pista. Fue como un motín carcelero, solo que por una buena causa. Y a mí me pilló medio dormido.

Ya conocéis el resto: los árbitros dijeron que todavía quedaba un segundo de juego, un aficionado borracho atacó al árbitro Richie Powers, los Suns pidieron un tiempo muerto para sacar desde media cancha que resultó ilegal, Jo Jo metió el tiro libre de la técnica, Gar

12. Mi padre sigue vacilándome por aquello. En mi defensa diré que tenía seis años. En su defensa, que fue el partido más famoso de la historia de la NBA.

Heard anotó el improbable empate para forzar la tercera prórroga (en aquel momento, recuerdo pensar que había tirado desde quince metros), y finalmente los Celtics escaparon con vida gracias al inmenso final de partido de Jo Jo y de un modesto jugador de banquillo llamado Glenn McDonald. A pesar de que me perdí algunos de los mejores momentos por estar dormido, al día siguiente, Jabaal Abdul-Simmons fue el niño más guay de su clase —no solo por haber asistido al partido de baloncesto más famoso jamás jugado, sino porque encima me habían dejado quedarme hasta la una y media para verlo.¹³

Conseguimos el decimotercer campeonato de la franquicia dos días después en Phoenix. En dos años, nos habíamos convertido en uno de los equipos más desafortunados de la liga, lo cual tampoco fue necesariamente malo para la familia Simmons: no solo mi padre podía permitirse (a duras penas, eso sí) un segundo abono, sino que, gracias a que mucha gente no renovó los suyos, nos dieron unos asientos mucho mejores en la mitad de la pista, justo a la altura del Túnel Conmemorativo Nancy Parish (lo explico más adelante), por el que los jugadores, entrenadores y árbitros entraban y salían de la pista.¹⁴ Mi asiento estaba dos filas por delante del de mi padre —la única manera de estar juntos era alejándonos del túnel, a lo que no estábamos dispuestos—, pero yo podía colarme por debajo de la barandilla y, de pie en el mismo túnel, hablar con él en los tiempos muertos. Mejor todavía, un bizarro grupo de jugadores lesionados, viejas glorias y personalidades solía juntarse en el túnel y ver un cuarto o dos, lo cual dio pie a uno de mis mejores recuerdos de infancia: un acabado Marvin «Malas Noticias» Barnes a medio metro de mí, recuperándose de alguna sospechosa lesión, con un abrigo largo de piel y apoyado contra la barandilla. Cada pocos minutos, después de alguna buena jugada de los Celtics, se giraba hacia mí y me sonreía

13. Cuando llegamos a casa, mi padre y yo estábamos tan a tope que hicimos comida y pusimos la tele. Estaban poniendo una repetición de *Los Ángeles de Charlie*, que acababa de empezar hacía unas semanas, y recuerdo pensar «¿Así que esto es lo que pasa cuando te acuestas tarde? ¿Puedes ver series con detectives cachondas corriendo medio desnudas por ahí?». Acababa de nacer un futuro búho nocturno, amigos.

14. No solo me pasé mis años formativos sacando la manita para que me chocaran los jugadores y los famosos, sino que puedes verme en la tele en más o menos la mitad de los grandes partidos de la era Bird. Salgo más en ESPN Classic que los hermanos Sklar.

con expresión de «¿Qué pasa, joven blanquito?». Yo, que por aquel entonces no había superado todavía mi crisis de identidad racial, me pasé el partido entero maravillado por su abrigo y esperando que me adoptase legalmente. Lo cual no ocurrió. Pero al menos tuvimos este intercambio:

YO (consiguiendo reunir el coraje después de tres cuartos): Señor Barnes, ¿cuándo va a volver de su lesión?

MALAS NOTICIAS (sin ganas): Wrgrhischshs ndmakalkm nobod jaip Idksaksjhj, chaval.¹⁵

Malas Noticias solo jugó treinta y ocho partidos con nosotros, pero esa conversación lo resumió todo. El Orgullo Celtic se había ido a la mierda en menos de veinticuatro meses. Nelson y Hondo se retiraron. A Silas y Jo Jo los echaron en amargas circunstancias. Un infeliz Cowens perdió el fuego que lo hacía especial. A Heinsohn lo largaron para que pudiera desarrollar todo su potencial como el comentarista más casero de la historia de las retransmisiones deportivas. Y lo peor de todo, Auerbach casi se va a los Knicks después de que el dueño, John Y. Brown, traspasara tres primeras rondas a cambio de Bob McAdoo sin avisar a Red. En los viejos tiempos, casos perdidos como Barnes o McAdoo ni se habrían acercado a los Celtics. Nos habíamos convertido en un equipo más en una liga en apuros, una franquicia desesperada haciendo movimientos desesperados y buscando su identidad. Y entonces, igual de rápidamente, todo cambió. Auerbach ganó su lucha de poder con John Y.¹⁶, draftó a Larry Bird como junior en 1978 y tuvo la visión de esperar un año a que Bird se

15. Uno de mis momentos preferidos de 1978, junto con aquella vez en que mi amigo Reese y yo nos dimos cuenta de que si uno sujetaba al otro por los pies podíamos robar las monedas del fondo de la fuente del centro comercial de Chestnut Hill y comprar cromos de hockey con el dinero. ¡Los viejos tiempos!

16. John Y. era el dueño de los Buffalo Braves y los cambió por los Celtics en una operación complicadísima que involucró a siete jugadores, dos picks (uno resultó ser Danny Ainge) y pasta en efectivo. El anterior dueño de los Celtics y nuevo propietario de los Braves, Irv Levin, se llevó el equipo a San Diego y lo rebautizó como los Clippers. Así que, si John Y. hubiera acabado echando a Red, habría sido directamente responsable de los Clippers del Este y los Clippers del Oeste. Seguramente, habríamos acabado traspasando los derechos de Bird a Nueva York a cambio de Toby Knight y Joe C. Meriweather.

graduara en Indiana State.¹⁷ Mientras la franquicia se iba a la mierda, por lo menos teníamos a un potencial salvador en el horizonte. Después de una agria disputa por su contrato, Bird acabó firmando por 3,25 millones de dólares, lo cual fue un récord para la época, llegó al training camp y en unas semanas transformó a un hazmerreír de franquicia que había ganado 29 partidos en una apisonadora que acabaría ganando 60. Como proyecto de recuperación, había sido más rápido que Patrick Swayze limpiando el bar Double Deuce en la película *Road House*, y ni siquiera hizo falta contratar a Sam Elliott. Volvíamos a ser relevantes. La Leyenda acabaría consiguiendo tres anillos y tres MVPs, salvaría la NBA y se convertiría en el deportista más popular de Boston de todos los tiempos. En esa misma época, yo llegué a la pubertad, me gradué en el instituto y en la universidad, y me fui a vivir solo a Boston. Para cuando la carrera de Bird terminó en 1992, mi vida apenas comenzaba.

Pero...

Considerad las probabilidades. Desde mis primeros pasos, mi amor por los deportes, tanto por jugarlos como por seguirlos, eclipsó todo lo demás. Desarrollé una conexión especial con el baloncesto porque mi padre se compró un abono después de que mi madre vetara su carrera motera. Después de conseguir dos títulos en nuestros tres primeros años, una desdichada cadena de acontecimientos paralizó la franquicia y alienó a tantos aficionados, que mi padre y yo conseguimos los mejores asientos posibles en la mejor cancha del mundo y, por si eso no fuera suficiente, nos ofrecieron asientos aún mejores justo antes de que uno de los cinco mejores jugadores de todos los tiempos se uniera al equipo. Aquello no fue solo una racha de buena suerte; fue como ganar la lotería tres veces seguidas o, mejor aún, como si Justin Timberlake se hubiera liado con Britney Spears, Jessica Biel, Scarlett Johansson y Cameron Diaz en sus mejores años y, además, con Lindsay Lohan, Angelina Jolie y Katie Holmes para rematar.¹⁸ Me

17. Teníamos doce meses para fichar a Bird antes de que volviera a entrar en el draft, por lo que todo el mundo en Nueva Inglaterra se subió al carro de Indiana State cuando Bird llevó a los invictos Sycamores a las Finales de la NCAA del 79. En Nueva Inglaterra, ese año fueron más populares que Boston College y Holy Cross.

18. He añadido a Katie por los viejos tiempos. No es culpa suya que Tom Cruise la convirtiera en un maniquí.

pasé mis años formativos aprendiendo de la mano del Profesor Bird y apreciando cada detalle que nos dejaba. Había algo contagioso en observar a alguien que siempre buscaba el pase extra; por ósmosis, sus compañeros empezaron a ser igual de generosos, incluso posibles chupones como McHale o Parish. Fue como ver a un grupo de tíos sin demasiada gracia empezar a pasar tiempo con alguien divertidísimo; al final, esa persona acaba subiendo el nivel de todos los demás.¹⁹ Si observabas a Bird el tiempo suficiente, empezabas a ver los mismos ángulos de pase que él; en lugar de reaccionar a lo que acababa de pasar, reaccionabas a la jugada tal y como estaba pasando. Ahí está McHale cortando a canasta, le veo, le llega el balón, ahí va... ¡Bandeja! Bird nos dio un sexto sentido colectivo, una forma más sofisticada de apreciar el juego. Fue un regalo. Eso es lo que fue.

Y por eso estás leyendo este libro. Yo me crié viendo baloncesto bien jugado. Tíos buscando al hombre abierto. Buscando el pase extra. Dando lo mejor de sí mismos en los grandes momentos. Para cuando Bird se retiró, yo ya me había ganado un doctorado en baloncesto. Cuando tu equipo consigue un jugador trascendental en tus años formativos —Magic en los Lakers, Jordan en los Bulls, Elway en los Broncos, Gretzky en los Oilers, o quién sea—, de verdad, es como ganar la lotería. Incluso veinte años después, puedo rememorar momentos míticos de Bird como si estuviera recordando momentos de mi propia vida. Como aquella vez en que metió 60 puntos y los suplentes de Atlanta lo celebraron chocando entre ellos en el banquillo²⁰, o la vez que anotó 42 puntos contra el Doctor J en menos de tres cuartos, frustrando a Doc hasta tal punto que terminaron estrangulándose mutuamente en el centro de la cancha.²¹ Tengo cientos de ellos. Los grandes momentos de Bird se acabaron convir-

19. Cuando trabajaba en el programa de Jimmy Kimmel lo llamábamos el Corolario de Adam Carolla. Carolla siempre encontraba un ángulo humorístico para cualquier cosa; con el tiempo, todos los demás se volvieron más graciosos solo por tratar de seguirle el ritmo.

20. No me lo invento. Hubo cuatro ocasiones en la segunda parte de aquel partido (12 de marzo de 1985) en que los suplentes de los Hawks saltaron de alegría con los brazos en alto, cayeron unos encima de otros con incredulidad o chocaron sus palmas.

21. Esta fue la pelea deportiva más improbable e impactante que jamás haya ocurrido. Sucedió a seis metros de mí, nunca lo olvidaré. Fue como ver a Papá Noel pegarse con el Conejito de Pascua.

tiendo en los míos. Es curioso cómo funcionan los deportes. Cada vez echo más de menos esos momentos de Bird, aquellos en los que todo el mundo en el Garden se daba cuenta a la vez de que estaba a punto de ocurrir algo mágico. De repente, había un murmullo constante, parecido a la tensión que suele haber antes de un concierto de rock o de una pelea de boxeo por el título.²² En cuanto sentías ese zumbido, sabías que algo especial estaba a punto de suceder. Igual estáis pensando que estoy pirado, pero os puedo asegurar que cualquiera que estuviera en esos partidos sabe exactamente lo que os estoy intentando decir. Se percibía en el ambiente: Larry va a hacerse con el partido.

Durante sus dos primeras temporadas casi enteras (80 y 81), hubo una distancia imperceptible entre Bird y la afición de Boston, una barrera que él mismo había levantado y que no conseguíamos romper. Terriblemente tímido con la prensa y claramente incómodo cuando una ovación se prolongaba, Bird era como un genio introvertido, alguien bendecido con un talento prodigioso para el basket y poco más. Hablamos de un hombre al que no le preocupaba que uno de sus apodos fuera «el paleta de French Lick». Asumimos que era bobo, que no sabía hablar, que le daban igual los aficionados, que solo quería que le dejaran tranquilo. Todo cambió hacia el final del séptimo partido de las Finales del Este, el último acto de una trilogía de remontadas épicas contra Philly. Se trata de la mejor serie de playoff que nunca se ha jugado: dos equipos con más de 60 victorias, rivales acérrimos, plantillones en ambos bandos, dos de los mejores aleros de la historia como protagonistas, cuatro partidos decididos en la última jugada, y los Celtics ganando tres partidos de a vida o muerte consecutivos. El momento álgido llegó en el séptimo partido, una reñida batalla en la que los árbitros decidieron esconder los silbatos y dejar que la cosa se convirtiera en un cruce entre baloncesto y rugby. Si entrabas a canasta para acabar con un mate o una bandeja, te crujían como a un wide receiver en fútbol americano atacando el centro de la defensa. Si te ponías detrás de algún interior para cazar el rebote, te llevabas un codazo en toda la cara. Si penetrabas esperando

22. He dudado si añadir «y los dos minutos antes de que empiece un espectáculo con dos chicas en una despedida de soltero» y al final he decidido que mejor no lo ponía.

que los árbitros te pitasen algo a favor... mejor suerte la próxima vez. Era un juego de hombres. Nunca se había visto algo así. Nunca.

Mientras tanto, el público había pasado de estar compuesto por aficionados a ser una colección de romanos jaleando a los gladiadores en el Coliseo. Uno arriba en el último minuto, Dawkins, de Philly, se abrió paso hacia el aro para ser detenido por Parish y McHale, y lanzó un tiro al tablero como pudo mientras caía al suelo. Bird atrapó el rebote en medio del barullo, botó a través de un océano de cuerpos (tres de ellos tirados por el suelo, casi como en la última escena de la película *Rollerball*), subió la bola hasta el campo contrario y se detuvo finalmente en seco para enchufar un tiro de cinco metros que casi hizo que el estadio estallara. Philly pidió tiempo mientras Larry saltaba de alegría —los brazos todavía en alto, empapándose de los aplausos— hasta que por último lanzó un intenso puñetazo al aire; fue la primera muestra de emoción que vimos en él. Por fin nos lanzaba un hueso. Nos volvimos completamente locos y rugimos durante todo el tiempo muerto, ahogando la música del órgano y animando hasta quedarnos sin voz, hasta que la bocina ordenó a los jugadores que volvieran a la pista.²³ Cuando los Celtics cerraron el partido después de un alley oop fallido y el público invadió la cancha, Bird se quedó unos segundos en el centro de la pista, saltando como un colegial, con las manos en la cabeza, sin dar crédito, mientras los fans lo rodeaban. De todas las grandes victorias de la era Bird, esa fue la única vez en la que, no siendo una lucha por el título, la afición de Boston se quedó fuera del Garden durante horas, haciendo sonar las bocinas, abrazándose y saludándose, cantando «¡Phi-lee apesta!» y convirtiendo Causeway en Bourbon Street. Queríamos que Bird se convirtiera en el nuevo Russell, el nuevo Orr, el nuevo Havlicek. Y por primera vez, parecía que podía llegar a serlo.

Nada de lo que pasó después nos pilló por sorpresa: el primer título de Bird en el 81; su primer MVP en el 84; la soberana paliza que les dio a Bernard King y los Knicks en el séptimo partido de las semis del Este; y, finalmente, una agónica victoria sobre los odiosos Lakers en

23. Una de las grandes subtramas de la era pre-Jumbotron: los fans del Garden recompensando al equipo con una ovación cerrada durante todo el tiempo muerto. Era nuestra máxima muestra de respeto. Como un «habéis hecho esto por nosotros, ahora nos toca devolverlo». Hoy en día estamos demasiado ocupados con la kiss cam o mirando las tetas de las cheerleaders.

las Finales de ese 1984 que incluyó la actuación definitiva de Larry en el quinto partido, cuando fuera estábamos a 35 grados, y a 135 dentro de un Garden sin aire acondicionado. Los aficionados se desmayaban en las gradas. Amas de casa bien vestidas se limpiaban el maquillaje sudoroso de la frente.²⁴ Tíos gordos irlandeses con sus camisetas verde Celtic manchadas de sudor. Unos deshidratados Lakers deseando salir de allí y volver a California; incluso tuvieron que darles oxígeno a Kareem y Worthy en los tiempos muertos. Y por supuesto, Bird se recreó en esas condiciones despiadadas, acabando con 34 puntos y 17 rebotes mientras sus acalorados fans lo animábamos. Mientras Bird los remataba en el último cuarto, los Lakers pidieron tiempo y M.L. Carr aprovechó para abanicar a Bird con una toalla... pero Larry lo apartó, ofendido. Como si M.L. le estuviera estropeando el momento. Imaginad que se os avería el coche en el Valle de la Muerte a 50 grados a la sombra y que además vais diecisiete personas en el coche. Así estaba el Garden esa noche, pero nos daba igual. Lo único que teníamos claro era que Bird era Dios, los Lakers eran unos blandos y nosotros éramos parte de la historia.

En esos partidos, Bird y el Garden eran como Lennon y McCartney. ¿Os imagináis a Bird jugando en el TD Garden con pinta ligeramente consternada durante un tiempo muerto, mientras suena la música a todo volumen y unos chavales hiperactivos lanzan camisetas a la grada con cañones? Yo tampoco. Cuando la era de Bird tocó techo en 1986, fue la combinación perfecta entre la afición adecuada y el equipo correcto: una máquina de 67 victorias que acabó 50-1 en casa (incluyendo los playoffs). ¿Recordáis la escena en *Hoosiers* justo después de que Jimmy Chitwood haga aquel discurso de «Yo juego, el entrenador se queda» y se una de nuevo al equipo, y después se muestra un inspirador montaje en plan «el equipo está empezando a funcionar»? Pues así era cada partido en casa. La temporada acabó con Bird saliendo de la pista en el sexto partido de las Finales, justo después de demoler a los Rockets con un triple doble, con la camiseta empapada en sudor y el público gritando de júbilo. Fue perfecto.

24. Mi asiento estaba al lado de una de esas señoras elegantes de Wellesley o Weston, que llevaban grandes joyas y parecía que iban a la peluquería cuatro veces a la semana. Incluso ella sudaba. Creo que fue la primera vez que se activaron sus glándulas sudoríparas.

Todo fue perfecto en esa temporada. Y pensar que mi padre podría haberse comprado esa estúpida moto.

Solo quedaba una pregunta: ¿cuántos años memorables le quedaban a Bird? Durante su apogeo en el 86 y el 87, sus provocaciones verbales fueron a más (nadie era mejor en eso)²⁵ y empezó a hacer el tonto durante los partidos (incluyendo una ocasión en Portland en la que decidió tirar únicamente con la mano izquierda), como si se aburriera y tuviera que desafiarse a sí mismo. Está la famosa historia del primer concurso de triples, cuando entró al vestuario y les dijo a todos que estaban jugando por el segundo lugar. O aquella vez que le dijo a Xavier McDaniel, de Seattle, exactamente desde dónde iba a lanzar el tiro ganador, y luego cumplió su promesa encestando un tiro en suspensión justo en la cara de X-Man. Se podría hacer un documental entero con estas anécdotas; de hecho, es lo que acabó haciendo la NBA al producir *Larry Bird: A Basketball Legend*.²⁶ Según se sucedían los tiros ganadores y las anécdotas, el 33 entró en el Monte Rushmore de Boston junto con Orr, Williams y Russell. No había nada de lo que no le creyéramos capaz. Lo veíamos como un superhéroe. Cuando cantaban las alineaciones antes de cada partido, Bird salía el último y su presentación siempre quedaba ahogada, como una regla no escrita, por todos los hinchas gritando a pleno pulmón al oír aquello de «Y el otro alero, desde Indiana State...». Casi más que animarlo, lo reverenciábamos.

Cuando Lenny Bias murió por sobredosis dos días después del draft del 86, Bird perdió al joven escudero que debería haberle ayudado a alargar su carrera, quitándole parte de la carga de anotación y reduciendo sus minutos. El cuerpo de Bird acabó traicionándolo en sus últimos años, agotado por tantos golpes, tantas faltas sufridas y tantos balones sueltos luchados en el suelo. Mortificado por unos

25. Mi vacilada favorita: una vez Bird le dijo justo antes del partido a Chuck Person, de Indiana, que tenía un regalo de Navidad para él. Durante el partido metió un triple delante del banquillo de Indiana, se giró hacia Person y le dijo «Feliz Navidad, gilipollas».

26. En IMDB.com también aparece como *La pasión de Cristo*.

tobillos débiles y con la espalda destrozada, con una ola de aleros negros mucho más atléticos que estaban dejando obsoletos a los Kelly Tripuckas y Kiki Vandeweghes²⁷ —a los que Bird siempre se había merendado, por cierto—, el pobre Bird apenas podía arrastrarse por la pista. Se manejaba a base de memoria y adrenalina. En sus dos últimas temporadas (91 y 92), se perdió tres o cuatro semanas del calendario, pasó noches en el hospital descansando su espalda en posición de tracción, para luego volver con un aparatoso corsé como si no hubiera pasado nada.²⁸ Invariablemente, volvía a añadir un partido mítico a su currículum en ESPN Classic. Como el famoso quinto partido contra Indiana en el 91, cuando se golpeó la cabeza contra el suelo, volvió a lo Willis Reed y lideró a los Celtics en la victoria contra los Pacers. O la explosión de 49 puntos contra los Blazers en un partido de máxima audiencia, cuando el público cantaba «¡Laa-rryy! ¡Laa-rryy!» antes de que él respondiera con un triple para forzar la prórroga. Era como presenciar el karaoke de Bird. El momento álgido fue un partido de playoff en casa contra los Pistons en el 91, cuando Bird no conseguía que le entrara nada y de repente un pájaro voló desde las gradas y se posó en el centro de la pista. El partido se tuvo que detener. El público reconoció en seguida la ironía y arrancó con el «¡Laa-rryy! ¡Laa-rryy! ¡Laa-rryy!». Fue la única vez en esa serie en la que nuestro lisiado héroe recobró la energía. Empezaron a entrarle los tiros, a montones, y los Celtics consiguieron una victoria crucial. Mientras salíamos del Garden, locos de alegría, mi padre me preguntó «¿De verdad ha pasado lo que acaba de pasar?».

Sí que pasó. O eso creo.

Cuando por fin Bird se retiró en el 92, lo hizo por las razones adecuadas: su cuerpo había dicho basta. Al contrario que Magic, nunca

27. Es una pena que los mejores años de Bird no coincidieran con Scottie Pippen, el mejor alero defensivo de todos los tiempos y un enemigo perfecto para Bird. Para cuando Pippen maduró, Bird estaba medio fuera de la liga. Una pena.

28. El corsé hacía parecer a Bird gordo y contrahecho, un poco como Ralph Macchio en *Karate Kid 3*. En la segunda ronda de playoff apenas podía moverse y aun así dominó un sexto partido a vida o muerte contra los Cavs en el 92 gracias a sus pases exteriores (16 puntos y 14 asistencias). En el séptimo partido, los Cavs pensaron «Un momento, no puede moverse; ¡todo lo que tenemos que hacer es asediarse en cuanto tenga la pelota e ir a por él todo el rato en defensa!». Ganaron por 18 puntos con un 59% en tiros de campo. Triste final para La Leyenda.

volvió, ni se rebajó a jugar en los partidos de leyendas del All-Star.²⁹ Al contrario que Jordan, nunca se habría prestado a bregar en un equipo mediocre. Los Celtics, por su lado, nunca se recuperaron. De hecho, eso es quedarse corto. Bird había empezado algo, pero cuando él se retiró, los Celtics se convirtieron en otra cosa totalmente diferente. Reggie Lewis murió de un infarto, McHale se retiró, derribaron el Garden, M.L. Carr la cagó, perdimos la lotería de Duncan, Rick Pitino la cagó, Chris Wallace la cagó, Danny Ainge la cagó y, en algún punto de ese tortuoso proceso, los Celtics dejaron de ser los Celtics. En tres ocasiones distintas, después de que Bird colgara sus Converse Weapons, mi padre estuvo a punto de no renovar sus repentinamente carísimos abonos, pero no fue capaz de hacerlo. Después de que en 2007 los Celtics sacrificaran la temporada vergonzosamente, acabando con 61 derrotas y no consiguiendo ni a Kevin Durant ni a Greg Oden, el equipo le mandó a mi padre la factura de la temporada 2007-08 con un precio de 175 dólares por entrada en los asientos de media pista. Sí, el mismo precio de un abono entero en 1974 no daba en 2008 ni para la mitad de una entrada. Nadie le hubiera podido echar en cara nada a mi viejo si hubiera decidido cortar lazos después de semejante temporada; hubo una semana en la que casi estuvo decidido a hacerlo. Pero al final fue incapaz. Jamás se habría perdonado tener que ver desde casa cómo los Celtics daban la vuelta a las tornas. Así que renovó, con la misma esperanza de las quince anteriores primaveras de que un golpe de suerte nos hiciera relevantes de nuevo, ya fuera gracias a un traspaso, a una selección del draft o a que Brian Scalabrine tuviera superpoderes repentinos por exposición a un reactor nuclear. Soñaba con otro partido como aquel mítico duelo entre Bird y Dominique.³⁰ Después de esa obra maestra —de verdad, fue una experiencia vital— estábamos demasiado a tope como para irnos a casa, así que acabamos en una heladería llamada Bailey's, en Wellesley, y nos pedimos dos copas de helado con chocolate caliente. Creo que ninguno de los dos habló durante veinte minutos. Solo co-

29. O todavía peor en el caso de Magic: un 3 contra 3 entre leyendas y famosos en el All-Star.

30. Séptimo partido de las semis del Este del 88: Dominique metió 47 puntos, pero Bird anotó 20 en el último cuarto, incluyendo una secuencia en la que se intercambiaron cinco canastas consecutivas. Bird ganó el partido y de paso la mítica frase de Brent Musburger «Están viendo de qué está hecha la grandeza».

míamos helado y sacudíamos la cabeza de pura incredulidad. ¿Y qué ibas a decir? ¿Cómo se puede poner algo así en palabras? No teníamos palabras. Estábamos agotados. Teníamos suerte.

No puedes dar la espalda a más momentos potenciales como aquel de Bailey's, aunque sea la propia NBA quien ponga trabas para repetir ese deleite. Después de que la liga se expandiera a treinta equipos, la suerte se convirtió en un factor mucho más importante de lo que había sido hasta entonces. Necesitas suerte en la lotería, suerte con los jugadores jóvenes, suerte con los traspasos... suerte con todo. Phoenix se llevó a Amar'e Stoudemire solo porque otros ocho equipos pasaron de él. Portland se llevó a Greg Oden con un 5,3% de posibilidades de conseguir el primer pick. Dallas se llevó a Dirk Nowitzki porque a Milwaukee le pareció buena idea intercambiar sus derechos por Robert Traylor. New Orleans se llevó a Chris Paul solo porque tres equipos fueron tan idiotas como para pasar de él. Joder, incluso Auerbach se llevó a Bird gracias a la suerte. Cinco equipos podían haberlo elegido antes que Boston y los cinco pasaron. Así es la NBA. Necesitas ser listo y tener suerte. Cuando Lewis murió de un infarto siete veranos después de la trágica muerte de Bias, los Celtics dejaron de tener suerte y definitivamente dejaron de ser listos. Pero eso no impidió que mi padre siguiera renovando sus abonos religiosamente cada verano, con los dedos cruzados para ver si, esta vez sí, las cosas volvían a ser como antes.

Por raro que parezca, es más doloroso haber vivido la gran vida como aficionado de un equipo y perderla, que no haberla vivido nunca. Pensad en un equipo de baloncesto como si fuera un avión —si nunca has ido en primera clase no sabes lo que te estás perdiendo cada vez que te embutes en tu asiento. ¿Pero, y si te pasas unos años viajando en primera, pudiendo reclinar el asiento del todo, disfrutando del espacio para las piernas, bebiendo cócteles de bienvenida y vinos de primer nivel, comiendo solomillo y galletitas recién hechas, sentándote al lado de famosos y de esposas trofeo, y sintiéndote como de la realeza? Que te manden luego a clase turista y acabarás pensando «¡Guau, esto es una puta mierda!». Pues eso es lo que consiguió aquella devolución de Hacienda de mi padre en 1973: dos décadas de baloncesto inolvidables, un montón de buenos recuerdos, cuarenta o cincuenta noches espléndidas al año y, cuando creías que no podía ir a mejor, la ocasión de seguir de cerca la carrera de uno de los mejores jugadores

de todos los tiempos... y cuando todo se paró y los Celtics pasaron de primera clase a turista, la esperanza de que sería algo temporal y que nos devolverían pronto a primera. Incluso aunque cada año significara pagar primera por asientos en turista, a mi padre no le importaba. Estaba listo para que le invitaran a volver a la parte delantera del avión. Siempre estaría listo.

La decisión estaba tomada. Cada primavera seguiría pagando esa factura.

Pasara lo que pasara.

Para alguien que no viera a Bird en sus mejores años —o a Magic, o a Jordan, o a los Knicks del 70 o los Lakers de 2001, o a cualquier otro jugador o equipo mítico que tuviera una conexión especial con sus fans— es muy difícil comprender el significado de esos tres párrafos anteriores salvo que hayas vivido algo similar. El impacto de Bird se fue diluyendo con el tiempo, algo que les ocurre inevitablemente a todos los grandes atletas cuando se retiran.³¹ Nos quedan las historias y las anécdotas, los vídeos de YouTube y los partidos de ESPN Classic, pero colectivamente no es suficiente. En la primavera de 2007 me encontré con el partido de despedida de Havlicek en la NBA TV, que por cierto lo estaban poniendo un domingo por la mañana, cuando seguramente lo veríamos yo y los Havlicek. Me llamaron la atención dos cosas. Primero, que tuvieron que retrasar el salto inicial ocho minutos porque la afición de los Celtics no paraba de animar y de aplaudir después de la presentación de Hondo. A ver si eso pasa ahora con... nadie.³² Y, en segundo lugar, según las gráficas de aspecto

31. Bird ya lo vio venir en el 86: «Solo sé que la gente tiende a olvidarse de lo buenos que eran los jugadores antiguos. Acabará pasando conmigo también».

32. Ocho minutos y treinta segundos. Eso es más tiempo de lo que dura «Stairway to Heaven»; más de lo que tuvo Hulk Hogan en el suelo a Iron Sheik para ganar el título de la WWF en el MSG; más que todo el tiempo que duró el último drive de los Patriots en la Super Bowl XXXVI (incluyendo parones); más que todas las escenas de sexo de *Instinto* básico juntas; más que el discurso más largo de Stevie Wonder en los Grammy; más de lo que tardamos en descubrir que Ricky Martin era gay; más que la primera parte del *Show de Chevy Chase*; más que la pelea final de Rocky; más de lo que David Beckham consiguió que fuese relevante el fútbol en América; y más que cualquiera de los monólogos de Jeff Ross que hay en YouTube.

anticuado del medio tiempo de la CBS, el currículum estadístico de Havlicek el 9 de abril de 1978 se veía así:

Más partidos jugados (1.269)

Más partidos de playoff jugados (172)

Único jugador en anotar 1.000 puntos durante dieciséis temporadas seguidas

Tercero en puntos totales (26.895)

Segundo en minutos totales (46.407)

Viendo esos números tres décadas después, me quedé de piedra. Yo recordaba a Hondo llevándonos al campeonato en el 76, y lo recordaba como uno de los mejores jugadores de su tiempo, una bestia de la naturaleza capaz de jugar 42 o 44 minutos por noche sin cansarse. Recuerdo que, en su última temporada, los equipos rivales lo agasajaban con regalos en cada ciudad.³³ Pero ¿tercero en puntos totales, segundo en minutos y primero en partidos jugados? ¿John Havlicek? Rebusqué un poco y en seguida vi que Hondo fue All-Star trece veces consecutivas, estuvo en cuatro primeros quintetos de la liga y otros siete segundos; jugó para ocho equipos campeones y ganó el MVP de las Finales en 1974, y consiguió uno de los once puestos en el equipo del trigésimoquinto aniversario de la NBA en 1980. Hoy en día, sigue siendo décimo en puntos, octavo en minutos y séptimo en puntos en play-off. Lo midas como lo midas, sigue siendo uno de los mejores veinte jugadores de todos los tiempos. Pero si le preguntas a cien verdaderos fanáticos de la NBA de menos de treinta años por su top 20, ¿cuántos nombrarían a Havlicek? ¿Tres? ¿Cinco? Joder, ¿cuántos de ellos serían capaces siquiera de escribir bien su apellido?

Lo cual me lleva a la siguiente pregunta: ¿Tiene la grandeza una vida útil?

Unas semanas después de la emisión del partido de Havlicek, un joven LeBron James le endosó 48 puntos a Detroit, salvando con ello

33. La gira de despedida para las estrellas que se retiraban fue una tradición más bien torpe de los setenta y los ochenta que alcanzó su punto máximo con Julius Erving en el 86 y terminó después de que Kareem se retirara en el 89. Ambas fueron muy emocionantes: con Doc porque le íbamos a echar de menos y con Kareem porque estábamos encantados de verlo irse.

él solito la serie Cavs-Pistons (y los playoffs de 2007, que estaban bajo mínimos). Claramente había pasado algo monumental: no solo fue una actuación bendecida por Marv Albert como una de las mejores de la historia de los playoffs, sino que además marcó un punto de inflexión en la carrera de LeBron, la noche en que por fin sacó a relucir todo su talento y se aupó a sí mismo al siguiente nivel. Cuando los comentaristas, columnistas, blogueros y aficionados pusieron su actuación en perspectiva, por una vez, la hipérbole parecía justificada. Hubo gente que incluso sacó la carta de «Jordan era enorme, pero nunca tuvo un partido de este calibre», como si hubiera que menospreciar la carrera de Jordan para poder apreciar del todo lo que había conseguido LeBron. En mi columna de ESPN.com del día siguiente, yo mismo escribí que Jordan nunca había dominado físicamente a un rival como LeBron lo había hecho con los Pistons, comparándolo con Bo Jackson y el caos que desataba en sus mejores días.

Ese fin de semana, cuando la gente ya se había calmado un poco por los 48 puntos de LeBron, empecé a recordar algunos de los mejores momentos de la carrera de Jordan: la frialdad con la que destruyó a Drexler en las Finales del 92; cómo sobrevivió a las tácticas de rugby de los Knicks de Riley; cómo les robó a los Pacers el séptimo partido en el 98 a base de ir a la línea de tiros libres una y otra vez; y la manera en que terminó su carrera en Chicago con la increíble secuencia de bandeja-robo-tiro en Utah —y me encontré arrepintiéndome de haber caído, como todo el mundo, en la trampa de «vamos a degradar a la vieja estrella para coronar a la nueva». Siempre había jurado no hacer eso. Uno de mis libros favoritos es *Wait Till Next Year*, en el que un periodista deportivo (Mike Lupica) y un guionista (William Goldman) se alternan capítulos acerca de un año particularmente loco en el deporte neoyorquino. Escribiendo desde la perspectiva del fan, Goldman nos deja una apasionada defensa del legado de Wilt Chamberlain titulada «Hasta la muerte», una de mis piezas favoritas y una enorme influencia para este libro. Según Goldman, los grandes deportistas no desaparecen de nuestra memoria porque sean superados por otros mejores, sino porque nos olvidamos de ellos o nuestros recuerdos se contaminan de cosas que no tienen nada que ver con su carrera (como que Bill Russell fuera un pésimo comentarista o que O.J. fuera un pésimo exmarido). Esta es la parte

clave: «La mayor batalla que libra un deportista es la batalla por nuestra memoria. Es gradual. Empieza antes de que te des cuenta siquiera y termina con una terrible caída en desgracia. En realidad, es una batalla contra la muerte».

Esto se publicó en 1988, cuando Bird y Magic estaban en la cúspide de sus superpoderes y Jordan se acercaba a un punto de inflexión similar al que tuvo LeBron en Detroit. Sabiendo ya con tristeza que algún día empezaríamos a cuestionar su legado. Goldman predijo: «A Bird y Magic también les llegará su hora. Es fácil admirarles ahora. Dadles una década». Luego escribió un párrafo completo imaginando lo que se diría de ellos en el año 2000, quejándose de que Magic no podía defender a nadie y de que Bird era demasiado lento. Terminó con esta cita: «Sí, Bird era bueno —y Magic también—, pero no podrían jugar en la NBA de hoy». Quizás esto no ha ocurrido con Magic y Bird debido a la singularidad de sus estilos, la simetría de sus carreras y el mito de que «Bird y Magic salvaron la NBA» (llegaremos a eso). Pero ¿qué pasa con Jordan? Eso ya está sucediendo. Hasta 1998, todos estábamos de acuerdo en que Jordan era el mejor jugador que veríamos jamás. Eso no nos impidió intentar reemplazarlo con Grant Hill (no cuajó), Kobe Bryant (tampoco cuajó), LeBron James (quizás sí) y de nuevo Kobe (a veces funcionó). La rapidez con la que quisimos sustituir a Jordan por LeBron en 2007 fue realmente asombrosa. Sí, los 48 puntazos ante Detroit fueron magníficos, pero palidece en comparación con un Magic de veinte años saliendo de pívot en lugar del lesionado Kareem, jugando en las cinco posiciones, logrando un 42-15-7 y llevando a los Lakers al título de 1980. Si algo así sucediera hoy, habría que recoger los restos de la cabeza de Skip Bayless por todo Bristol.³⁴

¿Qué nos hace entonces seguir hinchando el presente a costa del pasado? Goldman creía que cada generación era «tan arrogante, tan desdeñosa», y de nuevo estaba en lo cierto, aunque esa arrogancia y

34. Nota para los lectores de 2075: Bayless fue un periodista de televisión famoso por sus opiniones extremas. Fue despedido en 2010, cuando LeBron dejó Cleveland para unirse a los Heat. Un Bayless furioso, tras despellejar a LeBron por dejar a los aficionados de Cleveland, se transformó en un dragón de tres metros que escupía fuego y mató a las 17 personas que había en el estudio. Podéis encontrar el clip en YouTube buscando «Bayless + dragón».

ese desdén no sea del todo intencional. Queremos creer que las estrellas de hoy son mejores que las que vimos en su día. ¿Por qué? Porque la mejor parte de los deportes es lo desconocido. Es más divertido pensar en lo que podría pasar que en lo que ya ha pasado. Ya sabemos que no vamos a ver otro Bird u otro Magic; ya hemos dejado de mirar. Eran demasiado únicos. Pero Jordan... eso es concebible. Podríamos volver a ver otro escolta hipercompetitivo y con un talento insondable que alcanzara todo su potencial delante de nosotros. Podría ser. Así que, no es que queramos que LeBron sea mejor que Jordan; es que necesitamos que sea mejor que Jordan. Ya hemos visto la película de Jordan. ¿Quién quiere ver la misma peli dos veces? Queremos que LeBron nos lleve a sitios a los que no hemos ido todavía. Es la misma razón por la que nos convencimos de que Shaq era mejor que Wilt y Nash era mejor que Cousy. No tenemos ninguna certeza de que sea así. Solo queremos que lo sea.

Hay una razón más sencilla por la que somos incapaces de apreciar el pasado. Como me demostró la retransmisión del partido de Havlicek, es fácil olvidarte de algo si dejas de pensar en ello el tiempo suficiente, incluso algo tan grabado en tu cerebro como «Mi equipo favorito empleó a uno de los veinte mejores jugadores de todos los tiempos cuando yo era un niño y yo lo vi durante mi infancia». Érase una vez, hace mucho tiempo, los aficionados del Boston Garden aplaudiendo a Hondo durante 510 segundos. Y yo estaba allí. Yo estaba en el pabellón y aplaudí durante cada uno de esos 510 segundos, y fue el único momento feliz de una temporada de mierda. Pero eso es lo que tiene el ruido: antes o después, se acaba.

Así que de eso trata este libro: de capturar ese ruido, quitarle toda la paja y averiguar qué jugadores y qué equipos y qué historias deberían permanecer. También es sobre la NBA, cómo hemos llegado hasta aquí y hacia dónde vamos. Es demasiado ambicioso y seguramente debería haber sido más esquemático, pero qué demonios, para el final del libro todo tendrá sentido. Lo prometo. Que sepáis que me estoy haciendo viejo y que la depreciación de los recuerdos en el deporte me molesta más de lo que esperaba... especialmente en baloncesto, un deporte que no se puede medir solo con estadísticas. He querido escribir mis memorias, mis pensamientos y mis opiniones antes de que se me olviden. O antes de que me mate un

cañón lanzacamisetas en un partido de los Clippers. Lo que llegue primero.

Cojamos a Bird, por ejemplo. En el gran esquema de las cosas, el número 33 era un señor muy alto y muy coordinado que hacía su trabajo excepcionalmente bien. Y punto. No se le puede llamar superhéroe porque no se dedicaba a salvar vidas o a hacer del mundo un lugar mejor. Al mismo tiempo, poseía ciertas cualidades heroicas porque todo el mundo en Nueva Inglaterra estaba convencido de que era invencible. Salió victorioso demasiadas veces. Al cabo del tiempo, empezamos a esperar que lo hiciera y, cuando seguía cumpliendo, ahí fue cuando nos enganchamos para siempre. Sé que esto es cierto porque viví su mejor momento —la credibilidad que me deis como pensador de basket ya depende de cada uno³⁵—, pero os aseguro que así se sentían los aficionados de Boston en la primavera de 1987. Por desgracia, no podemos mirar las estadísticas de la carrera de Bird en el «Archivo oficial de la NBA» y encontrar una estadística para «la cantidad de veces que los fans esperaron que su mejor jugador cumpliera y finalmente lo hizo». Así que aquí va una historia acerca de su tiro ganador más memorable, un tiro que, de hecho, no entró.

Después de ganar tres MVPs, en la primavera del 87 La Leyenda estaba protagonizando la mejor racha de su carrera, cargando prácticamente él solo con un equipo envejecido durante tres rondas extenuantes, a pesar del pie roto de McHale (que siguió jugando), las lesiones de Bill Walton y Scott Wedman (ambos fuera) y los esguinces de tobillo de Parish y Ainge (que jugaron lesionados). Esos eran cinco de los siete mejores jugadores del equipo, casi nada. Cuando estábamos al borde del final, en los últimos segundos del quinto partido de las Finales del Este, Bird salvó la temporada con su famoso robo a Isiah, que sigue siendo el momento más ruidoso que jamás escuché en el Garden en mi vida, la única vez que vi la grada superior tambalearse porque todo el mundo estaba en pie saltando de alegría. Esa es la grandeza del deporte: cuando esperas que ocurra algo improbable, 4.999 de 5.000 veces no sucede, pero luego llega la cinco milésima vez

35. Este libro es completamente objetivo excepto por las pullas a Kareem y Vince. Incluso alguien como Kobe, que podría ser considerado como un fraude de persona, traidor, maquiavélico, pichabrava y socialmente inútil, será tratado con el máximo respeto. Lo prometo.

y, por el amor de Dios, sucede. Esa vez fue el robo de Bird. Dos partidos después, remató a Detroit con una serie de tiros devastadores en los momentos cruciales, incluyendo un increíble tiro de cinco metros con la izquierda que tenía que verse para creerse.³⁶ En ese punto, estábamos convencidos de que Bird era imparable. Seguía elevando su nivel de juego una y otra vez; ¿hasta dónde podía llegar? Perdiendo por uno en los últimos segundos de un cuarto partido de vida o muerte, los Celtics intentaron una jugada para Bird, pero James Worthy lo cubrió de cerca, sujetándole la camiseta para mantenerlo a raya. De alguna manera, el balón giró y regresó al lado de Bird. Worthy, de forma absurda, lo dejó para lanzarse sobre Danny Ainge, dejando a La Leyenda desmarcado en la esquina de la cancha por una fracción de segundo.

(Insertar sonido de 15.000 personas conteniendo el aliento.)

DJ le pasa el balón a Bird, que se planta y lanza un triple, justo delante del banquillo de los Lakers.

(Insertar sonido de 15.000 personas empezando a gritar «Triiiii-pleeeeeee...»)

Dentro.

(Insertar sonido de 15.000 personas gritando «¡iiii Wraaaaahhhhhrrrr!!!»)

Si hubieran parado el partido en ese momento y nos hubieran anunciado que Bird iba a caminar sobre las aguas del río Charles, no solo habría sido el primer niño en verlo, sino que me habría llevado la cámara de fotos. Nos pusimos de pie, aplaudimos, gritamos y pateamos el suelo durante todo el tiempo muerto, sin imaginar que podríamos perder el partido después de lo que acabábamos de presenciar. Los Lakers recurrieron a su famosa jugada patentada «pase-mos el balón a Kareem y ya le pitarán algo a favor», logrando llevarlo a la línea de tiros libres. Kareem metió el primero y falló el segundo, lo que llevó a una atroz falta que Earl Strom no pitó, en la que Mychal

36. Este me lo perdí porque mi baile de graduación era la noche anterior en Connecticut. Mi tío Bob estuvo en mi asiento y, al parecer, salió varias veces en la CBS. Por cierto, no pillé en mi graduación. Ni si quiera me quedé cerca. Número de veces que me he arrepentido de no despertarme antes aquel sábado y haber conducido dos horas y media hasta Boston: 280.975.

Thompson chocó brutalmente contra McHale y Parish, haciendo que el rebote se les escapara fuera de banda. Balón para los Lakers. Eso abrió la puerta al devastador «baby sky hook» de Magic, que McHale habría taponado de no ser porque tenía un puto pie roto (lo siento, sigo picado). Ahora quedaban dos segundos y los Lakers estaban saltando de alegría y abrazándose unos a otros... pero todavía teníamos al Treinta y tres. Todo el mundo en el pabellón sabía que Larry iba a jugársela. Todos sabíamos que seguíamos vivos.

¿Y qué pasa entonces? Los Lakers doblan a Bird. De alguna manera, consigue liberarse, se abre a la banda, recibe el saque, controla su propia inercia lo suficiente como para colocar los pies un milisegundo delante de Riley, endereza el tronco un nanosegundo y lanza un triple abierto delante del banquillo de los Lakers. En ese preciso momento, de pie frente a mi asiento a mitad de cancha, con el pis probablemente goteando por mi pierna, habría apostado cualquier cosa a que ese tiro entraba. Habría apostado mi colección de cromos de béisbol. Habría apostado mi Intellivision. Me habría jugado mi virginidad.³⁷ Me habría jugado la vida. Seguramente incluso los Lakers pensaron que iba a entrar. Buscad el vídeo y veréis a Wes Matthews, el suplente de los Lakers, de rodillas en el suelo gritando de pánico detrás de Bird, como si estuviera a punto de ver a alguien morir en una película de terror. Oiréis al público emitir un extraño sonido, como una mezcla única entre un chirrido y un jadeo, algo que se traduciría como «hostia puta, estamos a punto de presenciar el mejor tiro de todos los tiempos». Podéis incluso congelar el vídeo en el fotograma exacto antes de que el balón dé contra el aro. Parece que va a entrar. Debería haber entrado.

No entró.

Cuando Bird lanzó el balón, su cuerpo estaba moviéndose directamente entre la canasta y mi posición; se podría haber trazado una línea recta siguiendo el arco del balón, extendiéndola por encima de la cabeza de Bird hasta llegar hacia mí. Dos décadas después, todavía puedo visualizar el tiro en línea recta por el aire, absolutamente seguro de que entraría, y sentir de nuevo como si Mike Tyson me hubiera

37. De nuevo: no tuve suerte en mi graduación.

tumbado de un puñetazo cuando el balón dio en la parte de atrás del aro. Bird falló por un milímetro, tal vez la longitud de una uña. No podría haberse quedado más cerca. Es lo más cerca que te puedes quedar de meter un tiro sin llegar a meterlo.³⁸

Esto es lo que más recuerdo. No el sonido en el Garden (un suspiro de anticipación que dio paso a un prolongado gemido, seguido del silencio más ensordecedor imaginable)³⁹, ni de unos Lakers exultantes saltando fuera de la pista como si les hubiera tocado la lotería (sabían perfectamente la suerte que habían tenido), ni siquiera de las caras de asombro de la gente a mi alrededor (inmóviles, con las bocas abiertas y mirando todavía hacia la canasta con total incredulidad). No. Me acuerdo de Larry. Cuando el tiro salió rebotado del aro, él también se quedó helado por un segundo, mirando la canasta sin poder creérselo, mientras los Lakers lo celebraban detrás de él. Igual que nosotros, no podía creérselo.

Se suponía que la pelota tenía que entrar.

Esa fracción de segundo pasó y Bird se unió al grupo desordenado de jugadores y entrenadores que salían de la pista. Cuando pasó por el túnel, junto a nuestros asientos, parecía tan confundido como cualquiera de nosotros.⁴⁰ Los demás permanecemos en nuestros asientos, aturridos, intentando rehacernos antes de salir a la calle, incapaces de asimilar que los Celtics habían perdido. Si visteis *Salvar al soldado Ryan* en el cine, igual os acordáis del público paralizado sin poder moverse cuando aparecen los créditos finales. Así estaba el Garden. La gente no se movía. Estaban pegados a sus asientos como en un atrapamoscas. Pasamos por las siete fases del duelo en dos minutos, incluido mi padre, que estaba hundido en su asiento como si lo acabaran de asesinar. No mostraba la más mínima intención de levantarse. Incluso cuando le dije «Papá, vámonos de aquí», ni se movió.

38. En uno de los millones de documentales sobre la NBA que se han hecho esta década, Worthy admite que todavía tiene pesadillas con ese tiro. Y eso que ganaron la serie.

39. Creo que este tiro es el momento de la historia de la NBA en que una grada hace los dos sonidos más altos y opuestos posible en el marco de dos segundos: uuuaaaaaah-ooooooooohhhhhh. Jamás ha habido un uuuaaaaaah-ooooooooohhhhhh más alto.

40. Podéis verme al final de este partido, justo antes de que James Brown entrevistara a Magic. Llevo un polo azul y me parezco a Kirk Cameron en la segunda temporada de *Los problemas crecen*. Ah, y tengo cara de que me acaban de decir que tengo una enfermedad venérea.

Pasaron un par de segundos más. Por fin, mi padre me miró.
«Eso tenía que entrar», gimió. «¿Cómo ha podido no entrar?»
Han pasado más de veintidós años desde esa noche... y sigo sin tener respuesta a esa pregunta. Para todo lo demás, tengo respuestas.
Creo.